

Nada puedo sin Dios. ¡Ven Espíritu Santo!

(Textos tomados de "Soy el fuego de Dios", colección de textos PK sobre él ES)

1. Cabe la pregunta de si ese coro, esa legión de auténticos católicos, es en verdad tan grande. Porque en nuestros días existe una multitud de católicos que saben del Espíritu Santo y reconocen la fiesta de Pentecostés como un acontecimiento histórico, pero ya no tienen una fe viva en la fuerza del Dador de la vida, que se manifiesta y actúa también hoy. ¿Son entonces verdaderos católicos? En realidad, sólo a medias. Y hasta se podría decir que muchos paganos de hoy son casi más creyentes que muchos de tales católicos. Basta observar el campo contrario. En él existe una fuerte tendencia, una honda conciencia, una fe viva y firme en un hombre y una comunidad nuevos. Naturalmente también ellos se quedan a medio camino. Por otra parte, ¡cuántos de nosotros están ya cansados, se han debilitado y perdido la fe en una nova creatura, en una nueva redención, en un hombre nuevo redimido y en una humanidad nueva y redimida! No queremos contarnos entre aquellos que saben muchas cosas sobre la fiesta de Pentecostés, sobre la acción del Espíritu Santo en Pentecostés, pero sólo en cuanto hecho histórico ocurrido hace siglos atrás. No; nosotros queremos experimentar también en nuestros días al Espíritu Santo, al Dador de la Vida. Creemos en su fuerza transformadora y creadora que actúa en nuestro tiempo, en nosotros y en nuestro pueblo. (PK 1934)

2. Queremos apropiarnos del espíritu del Concilio... Lo conocemos y ya lo hemos conjurado. Es el mismo espíritu que el Papa ha invocado. Es el mismo espíritu al que la Iglesia de hoy y de mañana podría y debiera aspirar renovadamente. Ya conocen de qué se trata: Et erant omnes unanimiter cum Maria Matre Jesu perseverantes in oratione. Es un triple espíritu: es el espíritu comunitario, el espíritu de oración y el espíritu mariano. Sería muy oportuno indicar, a partir de aquí los signos por los cuales se muestra que este espíritu es ampliamente universal y que nos introduce en el espíritu de una auténtica y verdadera santidad. Nos lleva al Espíritu Santo, para invocarlo y sumergirnos en él. Nuevamente sacamos la conclusión que éste tendría que ser el espíritu permanente que la Iglesia debiera mantener: la Iglesia renovada quiere ser animada en forma extraordinaria por este triple espíritu. Si aplicamos a nosotros mismos estos tres elementos constitutivos nos debemos preguntar: ¿tenemos este triple espíritu y estamos dispuestos a profundizarlo en todas las direcciones? Espíritu comunitario... Ya he hecho alusión anteriormente a la forma cómo podemos cultivar un auténtico y recto espíritu comunitario. Espíritu mariano. Creo que no nos falta este espíritu. A lo más tendríamos que decir: debemos ver el espíritu mariano más profunda y fuertemente en el contexto orgánico del pensar y sentir católico totales. En tercer lugar, espíritu de oración. Nos cuestionamos si realmente somos llevados por este espíritu de oración...Espíritu de oración! De eso se trata... tendríamos que ser pequeños o grandes maestros de la oración... Pero si el Espíritu Santo no nos convierte en maestros de la oración, no podremos esperar que el Espíritu de Dios nos infunda todo lo necesario para que pongamos nuestros hombros a disposición y que sobre ellos se construya un edificio que permanezca largo tiempo, y esto en un tiempo tan revuelto y confuso como el nuestro. ¡Espíritu de oración! (...) Para nosotros reviste una extraordinaria importancia el que crezcamos en el sentido del Concilio, en la conquista del espíritu de Cenáculo y en el logro de los frutos del Cenáculo. Y ¿cuál es el fruto del Cenáculo?... Es la transformatio in Christo, la transformación lo más plena posible en Cristo. Son exigencias altísimas. Dejando de lado que la meta propuesta rara vez es alcanzada, ¿debiéramos dejar de poner como meta estas altísimas exigencias, para la totalidad de la Iglesia? Debemos señalar siempre la meta. ¿Debiéramos adecuarnos a lo que hoy constituye la corriente general? Lo que hoy se predica es una aceptación tan abierta del espíritu mundano que realmente tenemos que decir que no puede ser el Espíritu Santo el que es anunciado. Sabemos que seremos asediados hasta el fin de nuestras vidas por el espíritu mundano. Pero de lo que aquí se trata es de cuál es nuestro ideal. Se trata de lo que el Concilio quiere. (PK Noviembre 1966)

3. Si se quiere dar otro enfoque al proceso de vida que hemos descrito, para relacionarlo así más estrechamente con las profundidades del alma, cámbiese las palabras "ser niño" por sus similares: "ser pequeños". Quizás no haga falta destacar cómo la filialidad abre las profundidades del alma, ya que la apertura es precisamente una nota característica del "ser niño". En cambio una filialidad inmadura se muestra abierta en exceso. En tales casos se habla de "enfant terrible", si bien a veces se trata sólo de una etapa de transición. Sea como fuere, el ideal es y seguirá siendo el de una infancia espiritual madura y

depurada, que en su trato con Dios se muestre totalmente abierta, sin barreras ni condiciones, pero que a la vez, fuera de ese trato, se manifieste como un misterio celosamente custodiado, como fuente sellada y huerto cerrado. Volvamos a recordar lo que ya dijimos más arriba: Si nuestra infancia espiritual cultiva una apertura sin reservas ante Dios, le abriremos una puerta al Espíritu Santo para que descienda a nuestra alma, y no sólo a su superficie, sino a sus más hondos abismos. Y cuando el Espíritu Santo actúa en lo más íntimo, habla con “gemidos inefables” y no descansa hasta establecer una morada en las honduras del alma, donde sólo Dios tiene acceso. (PK 1962)

4. A diferencia de otros tiempos, la reflexión actual sobre la naturaleza humana pone con mayor énfasis la mira en lo irracional, lo preconsciente o subconsciente. Es significativo que hagamos en primer lugar y con mayor compromiso interior lo que queremos a nivel subconsciente que aquello que deseamos conscientemente. Es un hecho indudable y así suele ocurrirnos a todos. De ahí la extraordinaria importancia que reviste para nuestra educación –también para nuestra educación en el plano sobrenatural– la purificación, transfiguración y divinización de la vida psíquica del ser humano, la de cada uno de nosotros. Se trata del sentido de los dones del Espíritu Santo: éstos calan hondo en la vida psíquica subconsciente. (...)

Los dones del Espíritu Santo constituyen el contrapeso y el antídoto para nuestros “instintos enfermos”. Los caracterizo así para resaltar que en nosotros existen también instintos sanos. Los dones del Espíritu Santo son, en efecto, instintos sobrenaturales. Los instintos naturales primitivos, los instintos elementales malos sólo pueden ser superados en la medida en que les coloquemos como contrapeso los instintos sobrenaturales. Sólo gracias a la acción llena de vitalidad elemental de los instintos sobrenaturales se logra finalmente que esos instintos naturales primitivos y malos ennoblezcan su condición y cobren hondo valor ético, se colmen de Dios... Vale decir que los dones del Espíritu Santo no cuelgan del aire. Los impulsos sobrenaturales se unen a los naturales. ¿Qué consecuencias se desprenden de esta unión? No debemos dejar que los dones del Espíritu Santo actúen solos. Tenemos que aplicar también los medios naturales con miras a que los impulsos elementales del subconsciente se descompriman y serenen y, de ese modo se dispongan mejor a la acción del Espíritu Santo. (Tomado de: Conferencia para Dirigentes de la Familia de Schoenstatt, 1 de diciembre de 1965)

5. El Espíritu Santo viene como una ráfaga de viento. ¿Qué significa “ráfaga de viento”? Contemplemos un poco lo que sucede en la naturaleza. Cuando sopla un fuerte viento, barre con todas las ramas quebradas o podridas. También en los apóstoles el Espíritu Santo arrasó con todo lo que en ellos había de mediocre. Esa purificación no fue en ellos ante todo o en primer lugar fruto del propio esfuerzo, sino de la intervención de un poder superior. Sabemos por nuestra experiencia más personal lo que debemos atribuir a nuestra buena voluntad, lo que podemos esperar de ella y cuán íntegra, sincera y fuerte es... ¡Ah! bien sabemos que rara vez llevamos a cabo lo que nos habíamos propuesto o casi jurado hacer. Por eso tiene que venir el Espíritu Santo sobre nosotros. Si no lo hace, estemos seguros de que quedaremos como hombres a medio crecer. Hay que quitar todo lo mediocre, todo lo podrido que pueda haber en nuestro interior, pero no como si ello dependiese en primer lugar de nuestra propia voluntad. (PK 1966)

1. ¿Busco suficientemente la ayuda de Dios frente a mis debilidades personales o la impotencia que experimento en la vida? ¿Cómo puedo mejorar mi vida de oración?
2. ¿Descubro el valor del Espíritu Santo? ¿Le rezo? ¿Leo sobre El para conocerlo? ¿Podemos construir un mundo nuevo sin Dios?
3. ¿Cómo buscamos juntos como matrimonio la ayuda de la gracia? ¿Cómo le pedimos a Dios Sabiduría en la educación de nuestros hijos?